

LAS FÁBRICAS DE PAPEL DE BECEITE (TERUEL)*

JUAN CARLOS LOZANO LÓPEZ **

Resumen

El artículo intenta una aproximación histórica a la fabricación del papel en la localidad de Beceite (Teruel), actividad que tuvo gran importancia a nivel nacional durante más de dos siglos. Se incorpora un estado de la cuestión, un acercamiento al pasado papetero de la villa dentro del contexto español y abundantes datos poco conocidos e hipótesis de trabajo sobre la historia individual de las fábricas. El trabajo aborda más detalladamente la historia y descripción de dos de los establecimientos que pueden ser tomados como modelo para explicar tanto el método tradicional de fabricación como los rasgos funcionales y formales relacionados con el proceso que definen la estética de las fábricas de papel. El artículo añade también una serie de sugerencias de actuación futura, una breve bibliografía de iniciación y algunas ilustraciones de fábricas y maquinaria.

L'article essaye d'une approximation historique à la fabrication du papier dans la localité de Beceite (Teruel), activité qu'il eu grande importance de niveau national pendant deux siècles. On incorpore un état de la question, un rapprochement au passé papetier de la ville dans le contexte espagnol et beaucoup de données peu connus et d'hypothèses sur l'histoire individuelle des fabriques. Le travail aborde en détail l'histoire et la description de deux usines qui peuvent être considérés comme modèle pour expliquer le méthode traditionnel de fabrication et les traits fonctionnels et formels mis en rapport avec le procès qui définent l'esthétique des usines de papier. L'article ajoute aussi plusieurs suggestions pour l'action future, une brève bibliographie d'initiation et quelques illustrations d'usines et de la machinerie.

* * * * *

Situada en la cabecera del río Matarraña y en las faldas del puerto del Sistema Ibérico que lleva su nombre (*Ports de Beseit*), la villa de Beceite es una de las poblaciones más orientales de la provincia de Teruel. Emplazada en la ruta del gótico bajoaragonés, en pleno Maestrazgo, ofrece al visitante interesantes elementos histórico-artísticos como su caserío amurallado con sus portales y puente de época medieval, así como importantes enclaves arqueológicos y abundantes atractivos naturales y paisajísticos entre los que destaca *El Parrissal*, famoso por sus formaciones rocosas y por la existencia de una importante reserva de *Capra Hispanica*. Por lo que respecta a su bagaje histórico, el pasado de la villa se asocia inmediatamente, por un lado,

* Agradezco a Gema Noguera Trinxet y Dominique Goffard Mathieux su inestimable y desinteresada colaboración para la realización del artículo, y especialmente a don Ernesto Noguera Salsas su dedicación y valiosa aportación, así como las fotografías que ilustran este trabajo.

** Profesor Asociado del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Investiga sobre arte aragonés, moderno y contemporáneo.

con la presencia templaria durante el medioevo y, por otro, con la ocupación de que fue objeto durante la primera guerra carlista (1833-1840) por parte de las tropas del general Ramón Cabrera, quien convirtió el Alto Matarraña en un importante enclave estratégico del que han quedado algunos restos de arquitectura militar como los *Fortins de Cabrera*, con los que se aseguraba la defensa de los *ports* y el mantenimiento de un foco permanente de resistencia.

Tal vez menos conocida, y sin embargo más determinante para el crecimiento económico y social de la población, fue la actividad papelera desarrollada en la localidad durante dos siglos y que convirtió a Beceite, durante algún tiempo, en un importante centro productor a nivel nacional tanto por el número de fábricas (en las fuentes se citan hasta nueve, cifra elevadísima en proporción a su población, que probablemente no pasó nunca de los 2.500 habitantes) como por la calidad y aplicaciones de su papel.

De esta actividad, hoy ya inexistente, han quedado repartidas por el casco urbano y salpicando el cauce del Matarraña abundantes restos en forma de grandes edificios fabriles abandonados o en estado de ruina que se han convertido, como en tantos otros casos, en testigos maltruchos de un tiempo en el que la industria era también artesanía.

Estado de la cuestión

Pocas y fragmentarias referencias bibliográficas hemos encontrado sobre el tema. Las primeras corresponden a los diccionarios geográfico-estadísticos de Sebastián Miñano y Pascual Madoz¹ y resultan especialmente interesantes, como se verá, por resultar casi coetáneas de los acontecimientos que narran. Breves, un tanto ambiguas y escasamente documentadas son las noticias aportadas por el erudito local Pedro Tejedor y Tello, a quien sin embargo citaremos en diversas ocasiones por ser el autor de la única historia general de Beceite².

Más objetivos y contrastados son los datos que sobre la localidad recogen estudios sobre el papel en España, como el ya clásico de Oriol Valls i Subirà³, quien en el tercer volumen, dedicado a los si-

¹MIÑANO, Sebastián: *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*, 11 vols. Madrid, Imprenta de Pierart-Peralta, 1826-1829. MADOZ, Pascual: *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar, Teruel*. Madrid, 1845-1850 (edición facsímil de Ambito Ediciones S.A. y Diputación General de Aragón, Valladolid, 1986), pp. 74-75.

²TEJEDOR Y TELLO, Pedro (Pbro.): *Apuntes para la historia de Beceite*. Beceite, Ayuntamiento, 1985.

³VALLS I SUBIRÀ, Oriol: *La historia del papel en España*, 3 vols. Madrid, Empresa Nacional de Celulosas, S.A., 1978-1982. Interesan especialmente las páginas 131-141 del tercer volumen.

glos XVII-XIX, dedica un capítulo a Aragón en el que destaca el buen nivel general alcanzado por esta región en el contexto de la fabricación papelera española y centra su atención en los molinos de Beceite y Valderrobres, que a su juicio son los más destacados por su «producción envidiable» y «calidades superiores a las medianas». El autor se lamenta de la desaparición de las fuentes documentales que pudieran facilitar la elaboración de una historia papelera en esta importante zona del Maestrazgo. De todos los molinos aragoneses, Oriol Valls destaca el llamado *Molí Bonic o Molí Pintat* de Beceite (que en realidad pertenece al término municipal de Valderrobres) por considerarlo «muestra única en toda Europa de un molino estucado al estilo renacentista, que nos hace pensar más en un edificio pompeyano que no en un molino aragonés», comentario que queda perfectamente ilustrado por el autor con varias fotografías de detalle del mencionado edificio, al cual se dedicará algunas líneas más adelante.

Dentro del apartado bibliográfico también debemos reseñar el magnífico trabajo recopilatorio de Gonzalo Gayoso Carreira⁴, al que también se hace referencia en varias ocasiones por aportar valiosa información histórica y estadística, o el que sobre fábricas hidráulicas escribió Ignacio González Tascón⁵, quien como Oriol Valls dedica una escueta pero elocuente información al llamado *Molí Bonic*, considerándolo igualmente un caso probablemente único por su decoración pintada de «figuras de animales exóticos y temas referentes a la fabricación del papel».

El estudio de Ignacio González Tascón se ha completado recientemente, en lo concerniente a Aragón, con la monografía de Carlos Blázquez y Tomás Sancho⁶, donde se dedica un breve capítulo a las fábricas de papel y, dentro de él, sendos apartados a las fábricas de Beceite y Villarluengo (Teruel), localidad ésta que según los autores fue pionera en Aragón en la introducción de la máquina de papel continuo. Carlos Blázquez fue también autor de una serie de fascículos coleccionables dedicados al agua en Aragón⁷ donde se dedica un apartado a «Beceite, el pueblo del papel», en el que se pone de manifiesto la importancia de su producción a nivel nacional, se aportan noticias sobre alguna fábrica concreta (la del *Pont Nou*) y se analiza

⁴GAYOSO CARREIRA, Gonzalo: *Historia del papel en España* (3 vols.). Lugo, Diputación Provincial, 1994, pp. 26 y ss.

⁵GONZÁLEZ TASCÓN, Ignacio: *Fábricas hidráulicas españolas*, Biblioteca CEHOPU. Madrid, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, 1987, p. 339.

⁶BLÁZQUEZ, Carlos y SANCHO, Tomás: *Obras hidráulicas en Aragón*, colección «CAI 100», núm. 40. Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1999, pp. 72-76.

⁷BLÁZQUEZ HERRERO, Carlos: *El agua y Aragón*. Zaragoza, *El Periódico de Aragón* y Gobierno de Aragón, 1995, pp. 61-64.

brevemente el sistema de conducción del agua a través de acequias y azudes y su reutilización por las distintas instalaciones papeleras de la localidad. El autor hace alusión a las pérdidas ocasionadas por las guerras, lo que ha motivado que la historia industrial de la villa —como la del resto de Teruel— siga siendo «un misterio».

De finalidad primordialmente divulgativa son las publicaciones de José Ramón Marcuello⁸ o la de Fernando Zorrilla y Alberto Moragrega⁹.

Dentro de las publicaciones periódicas, resulta interesante por el enfoque humano de la noticia, referida a una de las familias con más amplia tradición papelera de la localidad, el artículo de Esther Esteban Sauras¹⁰. Otra aportación especialmente valiosa es la del artículo aparecido en el boletín *La veu del Parrissal*¹¹, que utiliza como fuente fundamental las notas manuscritas, conservadas en el archivo parroquial de Beceite¹², del infanzón don Joaquín de Liédana, natural de Lécera (Zaragoza), que fue párroco de la villa y registró a modo de diario numerosas noticias sobre la puesta en funcionamiento de varias fábricas de papel en los años finales del siglo XVIII y primeros del XIX, periodo que, a tenor de las fundaciones de fábricas consignadas, resultó crucial para el desarrollo de la industria beceitina. Finalmente cabe citar, aunque las informaciones que contienen son conocidas y en ciertos casos arriesgadas, los artículos de prensa firmados por ORLANDO y Victoriano NAVARRO¹³.

A las fuentes escritas anteriormente citadas es preciso añadir las informaciones obtenidas, de forma directa y a través de encuesta, de don Ernesto Noguera Salsas, último propietario de dos fábricas y buen conocedor de la materia.

⁸MARCUELLO, José R.: «El Matarraña», capítulo n.º 13 de la obra en fascículos coleccionables *Los ríos de Aragón*. Zaragoza, El Periódico de Aragón, 1992. El autor analiza brevemente los diversos ingenios hidráulicos construidos en el cauce del Matarraña, citando a Madoz y a González Tascón.

⁹ZORRILLA, Fernando y MORAGREGA, Alberto: *El Alto Matarraña*, colección «Cuadernos del Matarraña». Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1998.

¹⁰ESTEBAN SAURAS, Esther: «Los primeros naipes de España se fabricaron en Beceite», en periódico *La Comarca*. Alcañiz, 1990 (26 de octubre), contraportada.

¹¹ANÓNIMO (Redacción): «Industrias en Beceite: molinos papeleros I», en *Boletín Sociocultural «La Veu del Parrissal»*, núm. 1, julio. Beceite, Asociación Cultural «La Veu del Parrissal», 1993, pp. 19-21.

¹²Archivo Parroquial de Beceite. *Libro de Bautismos*, tomo VII: 1767 (junio)-1802 (febrero), sin paginar. Mi agradecimiento a don Carlos García Lasheras, párroco de Beceite, y a la Delegación de Patrimonio Cultural del Arzobispado de Zaragoza, por las facilidades dadas para la consulta de esta fuente, y a don Alberto Moragrega por su colaboración en la interpretación de los datos que en ella aparecen.

¹³ORLANDO: «La villa de Beceite (Teruel), relicario de historia y arte, y atracción, por su natural belleza, para los turistas», en *Heraldo de Aragón*, 1964, 4 de enero, p. 9.

NAVARRO, Victoriano: «Beceite, su papel y sus montes», en *Heraldo de Aragón*, 1967, 10 de diciembre, p. 29.

Aproximación al pasado papelerero de Beceite

Parece difícil de demostrar por el momento, debido a la falta de testimonios documentales y materiales, la hipótesis sobre el origen medieval de la fabricación de papel en la villa y su vinculación con la estancia en ella de los caballeros del Temple, así como su continuidad y desarrollo durante los siglos XVI y XVII¹⁴, tradición local de la que también Oriol Valls se hace eco cuando alude —tal vez por error— a la presencia en Beceite de la orden militar de Calatrava¹⁵. No resultaría extraño, sin embargo, como ocurre en muchos otros lugares, que la instalación de antiguas fábricas de harina y de aceite (cuya existencia sí es más que probable en ese momento y lugar), e incluso de algunos batanes textiles y martinetes, condicionara la ubicación posterior de molinos papeleros, debido al uso de la misma fuerza motriz. A este respecto, entre las primeras anotaciones del párroco Liédana hay una significativa aunque algo críptica nota que menciona la existencia documentada en la villa, desde tiempos antiguos, de una «Fábrica de Hierro, y en el mismo sitio, en donde se halla la Fabrica de papel, que yo tengo, hubo fabricas de Vidrio, tintes famosos, e Ingenios de Zera; pero a excepcion del Ingenio que oy permanece, propio de Juan Moragrega y Celma, todas las demas fabricas habian perecido».

Del mismo modo y como es sabido ha sido frecuente también el fenómeno inverso de reconversión de molinos papeleros en molinos harineros u otras industrias (fenómeno éste que afectó, de forma singular, a dos de las fábricas de las que se hablará más adelante).

Parece pues más lógica la hipótesis, avalada por algunos datos dispersos a los que luego nos referiremos, que sitúa el inicio de la actividad papelerera en el último cuarto del siglo XVIII. Estas primeras «fábricas» de papel eran sin duda simples molinos que aprovechaban la energía hidráulica que los desniveles del río Matarraña y sus manantiales proporcionaban. Los propietarios de estos primeros molinos fueron los propios vecinos de Beceite o de localidades próximas, aunque no es descartable ya en este momento la participación de personas procedentes de las cercanas tierras catalanas o valencianas (zonas ambas de antigua y arraigada tradición papelerera), e incluso más alejadas como el País Vasco (así parecen indicarlo algunos apellidos de antiguos propietarios de fábricas) o de más allá de los Pirineos que, atraídos por las favora-

¹⁴ TEJEDOR Y TELLO, Pedro, op. cit., pp. 105 y 131.

¹⁵ VALLS I SUBIRÀ, Oriol, op. cit., vol. 3, p. 131. El autor habla del «molino antiguo de Beceite, que parece fue construido para el servicio de la Orden de Calatrava a mediados del siglo XIV y del cual existen, según parece y dicen los habitantes del lugar, los restos de sus paredes; pero, por lo que se ha visto, pudieran ser más recientes».

bles condiciones naturales de la villa turolense, impulsarían la construcción de algunas instalaciones o simplemente intervendrían como socios-inversores en los negocios. La existencia a principios del s. XIX de fábricas dignas ya de tal nombre hacen suponer una evolución de esos rudimentarios molinos a industrias organizadas.

Por otro lado, era ése un momento especialmente favorable a nivel nacional puesto que, como sabemos, se habían puesto en marcha diversas medidas proteccionistas para reactivar el sector, muy castigado en la centuria anterior por las fatales consecuencias de la expulsión de los moriscos (herederos de la tradición papelera árabe), por la sangría humana y material de los conflictos bélicos (entre ellos la guerra con Francia, la guerra de Secesión catalana y finalmente la guerra de Sucesión española) y de las epidemias (como las que sacudieron Aragón entre 1648-1654 y en 1683-1684), pero sobre todo por la carencia de materia prima debida a la exportación de trapos al extranjero. Entre esas medidas estaba la prohibición de la venta a otros países de dicha materia prima, la elevación de aranceles a la entrada de papel foráneo y la concesión de franquicias y exención de tributos a las fábricas. Consecuencia de todo ello fue un extraordinario desarrollo de la industria —más atenuado en el caso aragonés, debido al consabido atraso técnico y a la descapitalización de la región en esa centuria—, que incluso atrajo a nuestro país a numerosos papeleros extranjeros (genoveses, flamencos y franceses, principalmente)¹⁶. El interés oficial suscitado en la segunda mitad del s. XVIII cristalizó en 1791 con las primeras ordenanzas papeleras.

La razón fundamental que puede explicar la ubicación de estas primeras fábricas en Beceite es que la localidad cumplía la condición más importante para el establecimiento de molinos papeleros: la presencia de agua abundante y además de buena calidad durante todo el año (exigencia ésta insoslayable puesto que se trataba de una actividad no estacional, a diferencia de lo que ocurría con otros molinos). Estos factores resultaban indispensables tanto para proporcionar la fuerza motriz que mueve los distintos mecanismos como para los procesos de dilución y fermentado de los trapos y para el lavado de los pliegos —que requería además un alto grado de pureza—. Por contra, no parece que Beceite cumpliera con otros requisitos favorables como eran la cercanía de abundante materia prima (el trapo de lino o algodón, que llegaba desde diferentes puntos del país), la existencia en el entorno de un

¹⁶GAYOSO CARREIRA, Gonzalo: op. cit., p. 26. A propósito de la competencia extranjera y de la llegada a España de papeles y papeleros foráneos, ver también VALLS I SUBIRÀ. Oriol, op. cit., vol. 3, pp. 17-26.

gran centro de consumo (que generara a su vez papel viejo susceptible de ser reciclado) o la disponibilidad de buenas comunicaciones, lo que sin duda da más valor al mantenimiento de la actividad durante doscientos años y obliga a pensar que los inconvenientes pudieron ser compensados por la alta calidad del producto obtenido.

La producción en ese momento inicial era totalmente manual¹⁷, aunque progresivamente se incorporaron en algunas fábricas ciertas mejoras como el cilindro o «pila holandesa», consistente en un cilindro con cuchillas para deshacer la fibra y preparar la pasta, máquina que había sido inventada en el s. XVII y que a partir del último tercio del s. XVIII se comienza a introducir en los molinos papeleros españoles; o la «máquina redonda», inventada en 1809 por Dickenson, cuyo uso en las fábricas de Beceite no se generalizó hasta comienzos del s. XX. Prácticamente todas las fábricas beceitinas continuaron con este sistema (hojas sueltas, salida en húmedo y secado al aire) hasta su cierre, sin llegar a incorporar —salvo en un caso— los modernos sistemas de producción de papel continuo y salida en seco.

En el s. XIX las resmas (una resma equivale a 500 hojas) de papel se transportaban convenientemente embaladas, a través de caminos de herradura, por medio de recuas de caballerías conducidas por arrieros que sin duda aprovecharían el viaje de regreso para el transporte de la materia prima, así como de otras mercaderías¹⁸. Además de cubrir sobradamente la limitada demanda local, los distintos tipos de papel producidos eran destinados a grandes centros consumidores (Barcelona, Madrid, Zaragoza, Sevilla, Valencia y Vitoria principalmente), con la limitación e inconvenientes que suponían las deficientes comunicaciones y la ausencia casi total de estrategias comerciales y de publicidad¹⁹.

En las fábricas de la localidad se producían distintos tipos de papel, fundamentalmente de barba para escribir, cartulinas y, en menor medida, papel de estraza y secante, con gramajes que oscilaban entre 150 y 350 grs./m². Al parecer sólo una de ellas, la del *Pont Nou*, de la que luego se hablará, se especializó en cartulina para naipes.

¹⁷Aunque más adelante se describe con detalle el proceso, éste constaba básicamente de las siguientes fases: selección de los trapos, fermentado en el pudridero, desfibrado en los «mails» o mallos para formar la pasta, dilución de la pasta obtenida, formación manual de las hojas, primer prensado y secado, encolado, segundo prensado y secado, satinado, corte y embalaje.

¹⁸Posteriormente el transporte se hizo por carros hasta la generalización del camión y a partir de 1940 se utilizó, sobre todo para las balas de trapo, el ferrocarril de la línea (hoy desaparecida) que unía Tortosa (Tarragona) y La Puebla de Híjar (Teruel).

¹⁹El estado actual de la investigación en este aspecto hace imposible concretar datos sobre los canales de distribución, cantidades vendidas, gastos y beneficios empresariales obtenidos... Del mismo modo está por hacer el rastreo sistemático de filigranas que pudiera determinar el destino y usos del papel (ver apartado final sobre «Vías de actuación futura»).

El papel beceitino tenía como características distintivas la consistencia y la intransparencia, que lo hacían muy apreciado. La consistencia se debía a la composición química de las aguas de la zona, ricas en carbonatos, mientras que la opacidad era conseguida por los fabricantes mediante fórmulas celosamente guardadas. Estas características distintivas, con ligeras variantes en cada fábrica, otorgaban al papel una calidad (puesta de manifiesto, como se ha visto, por Oriol Valls) y una personalidad propias que la mecanización progresiva de las fábricas fue convirtiendo en uniformidad, tal como expresa Pedro Tejedor: «[...] desde que se han puesto las nuevas máquinas, casi en todas es igual (el papel); antes, cuando se fabricaba a mano, se distinguía más una fábrica de otra, hoy casi en todas tiene el mismo color e intransparencia²⁰.

A finales del siglo XVIII las primeras estadísticas fiables a nivel nacional sitúan los principales centros de producción hispanos en Cataluña, Valencia y Madrid y dan una cifra total de producción de 300.000 resmas anuales. Tal como recoge Gonzalo Gayoso²¹, a quien seguimos en los datos estadísticos que siguen, el por otra parte controvertido y poco fiable *Censo de Manufacturas* de 1799²² registra en Aragón 16 obradores de papel fino y 19 de estraza, que elaboraban respectivamente 38.678 y 28.500 resmas (lo que supone más del 12% de la producción nacional anual) y de éstas una buena parte tendría ya su origen en Beceite. Este notable peso específico pasó, sin embargo, desapercibido para Ignacio de Asso²³, quien únicamente hace una mención escueta a la producción de aceite en la localidad.

A comienzos del s. XIX nuevos obstáculos van a frenar el desarrollo de la industria papelera a nivel nacional. Por un lado, la escasez de trapo, provocada tanto por la vulneración de las normas proteccionistas como por el abundante consumo (lo que obligó a buscar nuevas materias primas como la madera), y por otros conflictos bélicos como la guerra de la Independencia (1808-1814), que ocasionó una notable escasez de papel, o la primera guerra carlista (1833-1840), provocando, entre otros efectos, el retraso en la implantación de la máquina de papel continuo (inventada en 1798 por el francés Nicolás L. Robert), que no llega a España hasta la década de 1840 —con la

²⁰ TEJEDOR Y TELLO, Pedro: op. cit., p. 131.

²¹ GAYOSO CARREIRA, Gonzalo, op. cit., p. 26 y ss.

²² *Censo de frutos y manufacturas de España e islas adyacentes...* Madrid, Imprenta Real, 1803. La realización del censo no debió de ser tarea fácil, debido a la resistencia de los papeleros a agremiarse y también a la movilidad y reconversión de las instalaciones.

²³ ASSO, Ignacio de: *Historia de la economía política de Aragón*. Zaragoza, Francisco Magallón, 1798.

excepción de la instalada en la localidad turolense de Villarluengo por la familia Temprado en 1798, pionera en nuestro país²⁴—.

Así, durante la guerra de la Independencia Beceite sufrió el ataque (especialmente virulento el día 14 de octubre de 1810) de las baterías francesas, una de las cuales se emplazó al parecer sobre una de las fábricas²⁵. En 1834 la población volvió a ser atacada y sitiada, esta vez por las tropas carlistas; los pormenores del asedio, las fracasadas negociaciones de rendición y las estrategias y enfrentamientos entre ambos bandos son descritas de forma pormenorizada por Pascual Madoz²⁶, quien apunta que, aunque el ataque no fue favorable a los carlistas en esta ocasión, «no tardó Beceite a venir a su poder, y a serles de gran ventaja, pues ya en 1836 no sólo tenían en ella una residencia menos ambulante las familias de los gefes y las primeras secciones que empezaron a establecer para el ramo de la administración militar de sus cohortes, imprenta y demás que iba arreglándose de orden de Cabrera, sino que también continuaban en dicho punto moliendo aceite, del cual sacaban mucho producto esportándolo por medio de los arrieros que venían a buscarlo». Es interesante la mención que hace Madoz de la existencia de molinos de aceite y sobre todo de una imprenta carlista, de la que también se hace eco Pedro Tejedor²⁷ cuando dice que Cabrera instaló en 1836 «[...] una imprenta para publicar lo que conviniera [...]» en una de las fábricas de la localidad²⁸. Fábrica convertida luego, según la misma fuente, en depósito de munición y utilizada también como sede de las oficinas de intendencia militar. Tradicionalmente se acepta que tras el Abrazo de Vergara (31-8-1839) la guarnición carlista de Beceite abandonó y quemó sus posesiones poco antes de la llegada de las tropas liberales (abril de 1840), incluida la fábrica, que a partir de entonces pasaría a ser conocida como *la Cremada*. Sin embargo, la quema de la fábrica pudo haberse producido anteriormente y por cualquiera de los dos bandos; así, sabemos que en septiembre del año 1836 se había organizado una acción militar represora de gran virulencia sobre Beceite, llevada a cabo por los ejércitos liberales. La narración de este ataque arroja al-

²⁴BLÁZQUEZ, Carlos: op. cit., p. 63.

²⁵TEJEDOR Y TELLO, Pedro: op. cit., p. 79.

²⁶MADOZ, Pascual, op. cit., p. 74-75. Sobre la incidencia del carlismo en Beceite pueden consultarse también las numerosas publicaciones de Francisco Asín Remírez de Esparza y Pedro Rújula López.

²⁷TEJEDOR Y TELLO, Pedro: op. cit., p. 87.

²⁸La existencia de esta imprenta —fuera permanente o portátil— no ha podido ser corroborada hasta el momento pues no se ha encontrado impreso alguno editado en Beceite. Tal vez el dato se deba a una extrapolación de lo que ocurrió en otras localidades del Maestrazgo turolense (v.gr. Cantavieja) donde sí hubo imprentas carlistas. Agradezco las informaciones y sugerencias dadas sobre este particular por don Francisco Asín Remírez de Esparza.

gún dato interesante sobre el tema: «El resto de la columna se había dirigido al galope hacia el pueblo que estaba enteramente abandonado. Eran las seis de la tarde, y no habiéndose podido verificar el reconocimiento se limitó a ocupar los alrededores del pueblo enfrente al fuerte y a la fábrica y a esperar mis órdenes [...]; no habiéndolo verificado nadie mandé poner fuego al pueblo que fue al momento presa de las llamas»²⁹.

Como se ha dicho, en Beceite existieron durante el s. XIX hasta nueve fábricas: además de las citadas *Cremada* y *Pont Nou*, estaban las denominadas *Batán*, *Morató*, *Taragaña* (*Telagaña*, según algunas fuentes), *Martí*, *Solfa*, *Quemada* y *Tosca*. Si identificamos los nombres *Quemada* y *Cremada*, el número quedaría reducido a ocho fábricas. Aguas abajo del cauce, lindando con Valderrobres, se ubicaron tres más: *Fajas*, *Fort* y la del río Pena (que es la ya citada como *Molí Bonic*, *Molí Pintat* o «fábrica bonita»), que junto con las anteriores formaban un complejo papelero de doce (u once) instalaciones, uno de los mayores del país, comparable a otros centros de primer orden como los de Capellades (Barcelona), Alcoy (Alicante), Tolosa (Guipúzcoa) o Noya (La Coruña).

Como se ve, los nombres dados a las fábricas responden bien a un hecho histórico (*Cremada*), a su ubicación (*Pont Nou*), al material constructivo (*Tosca*), a una denominación popular (*Solfa*, *Taragaña*) y más habitualmente a los nombres de sus propietarios (*Morató*, *Martí*), aunque hay que advertir que en este último caso y debido a los cambios de propiedad pueden darse varias denominaciones a una misma fábrica, lo que dificulta su identificación. Sólo en uno de los casos aparece la denominación «batán», en referencia a una posible dedicación anterior del molino a actividades textiles o tal vez aplicando ese término como sinónimo de los «mails» empleados para batir el trapo y convertirlo en pasta de papel.

Es importante considerar no sólo el número de fábricas sino su adecuada y estudiada disposición a lo largo del cauce, pues éste era convenientemente conducido mediante azudes y acequias para permitir la utilización del agua por todos los molinos, lo que demuestra también el bajo índice contaminante de estas industrias.

Respecto al inicio de su actividad, los datos aportados por algunas estadísticas, directorios y anuarios extranjeros del siglo XIX (como

²⁹ Texto de Borso di Carminati, militar que dirigió el ataque, en *Diario Constitucional de Zaragoza*, n.º. 284, 10 de octubre de 1836. Reproducido en RÚJULA, Pedro: *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, colección «Ciencias Sociales» núm. 34. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.

por ejemplo *The Paper maker's directory of all nations*, editado en Londres) no resultan demasiado fiables, pues tal como señala Gonzalo Gayoso en algunos casos no registran ninguna fábrica en Beceite. Más fiables resultan las fuentes hispanas, como el mencionado *Diccionario* de Sebastián Miñano de 1826-1829 donde figura Beceite con una población de 1.572 habitantes y nueve molinos papeleros que «[...] tienen empleadas de 12 a 14 personas cada uno, y regularmente se hacen en cada tina 9 resmas diarias. Su producción es exorbitante, pues ha habido año en que a cada fabricante le ha quedado libre una onza de oro al día.»

El *Diccionario* de Pascual Madoz sigue citando la existencia de las nueve fábricas, pero «[...] 6 de ellas de papel fino, una de estraza y 2 arruinadas», pues las fábricas de papel «van decayendo desde el descubrimiento de las máquinas de papel continuo»³⁰.

El anuario de Viñas y Campi de 1864³¹ registra en ese año la actividad de cuatro fábricas de papel blanco: las de Ramón Miró, Antonio Morató, Antonio Zapater y José María Zabuco; y tres de estraza: las de Ramón Tort (Fort?), Miguel Guares y Lorenzo Ruber.

El «Bailly-Bailliere» de 1888³², por su parte, recoge cinco fábricas de cartulina para naipes: las de José Gil Gregorio, José Miró, Joaquín Morató, Ramón Morató e Isidro Zapater. El mismo anuario de 1900 reduce el número a cuatro, tras la desaparición de la fábrica de José Miró.

Prueba evidente de la decadencia de la industria beceitina anunciada ya por Madoz son los datos de la *Estadística* de 1934³³, donde sólo figura una fábrica de papel sin cola, propiedad de José Gil. Este declive se debió fundamentalmente, como se ha dicho, a la aparición y uso creciente en otros centros productores de las máquinas de papel continuo, que facilitaron y agilizaron el trabajo (por otra parte bastante penoso e insalubre con el sistema manual, tal como describe Oriol Valls³⁴) y consecuentemente abarataron la producción y forzaron una competencia difícil de contrarrestar por las fábricas de tipo familiar, ubicadas lejos de los centros de consumo, que no podían

³⁰MADOZ, Pascual: op. cit., p. 74. Madoz se refiere a un fenómeno generalizado en el resto de España que, sin embargo, no puede aplicarse a las fábricas beceitinas, por cuanto éstas no adoptaron el nuevo sistema y continuaron con el procedimiento tradicional.

³¹VIÑAS Y CAMPÍ: *El Indicador de España y sus posesiones de Ultramar*. Barcelona, 1864.

³²*Anuario del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración*. Madrid, Ed. Bailly-Bailliere, 1888.

³³*Estadística de la industria del papel y del cartón*. Madrid, Ministerio de Industria y Comercio, 1934-1943.

³⁴VALLS I SUBIRÀ, Oriol, op. cit., vol. 3, pp. 15-18. El autor reconstruye en esas páginas todas las vicisitudes que rodeaban el trabajo diario en los molinos.

cumplir las condiciones que el nuevo sistema de producción exigía. Este fenómeno, evidente en Beceite, es extrapolable al resto de Aragón, cuya industria papelera sufre en general un notable retroceso a partir de la segunda mitad del siglo XIX. También en la elaboración de naipes —que, si hacemos caso a los datos del fiable anuario «Bailly-Bailliere» de 1888, se producían en cinco fábricas de la localidad— se habían producido modificaciones sustanciales que hacían obsoletos los métodos antiguos a base de cartulinas de papel de tina o de hilo encoladas con gelatina animal.

Igual que había sucedido en el s. XIX, la guerra civil de 1936 supuso para las fábricas beceitinas importantes pérdidas materiales —aunque menores que las ocasionadas por el conflicto carlista— causadas por los bombardeos, de cuyos efectos existen algunos testimonios fotográficos. La autarquía que siguió al conflicto propició en general una cierta revitalización del sector, tal como demuestran diversas estadísticas correspondientes a las décadas de 1940-1950, donde aparecen consignadas cinco fábricas beceitinas que disponían de su correspondiente «máquina redonda». Estas cinco fábricas eran las de Jaime Bruguera Cahué, Isidoro Gil y Gil, Vda. de Ramón E. Morató, Vda. de Miguel Noguera Casulleras y Zapater Hermanos. Las fábricas beceitinas de ese momento se especializaron en la fabricación de cartulinas en sus distintas variantes: de hilo para dossiers, de hilo blanca para fichas, para naipes, para tarjetas de telares, para acuarela o gouache (con una calidad comparable a los *Canson* franceses)... aunque se siguió produciendo papel de hilo para impresos de alta calidad y pequeñas cantidades de papel de estraza y papel de lana para soporte de tela asfáltica. Aunque la producción era variable según el tamaño y el gramaje, el producto obtenido por una fábrica en un día podía oscilar entre las 8 y 10 resmas, lo que equivale a unos 400 kgr./día, aunque en alguna instalación se pudieron superar los 1.000 kgr./día (unas 30 resmas).

En 1966 sólo estaba en plena actividad la fábrica de Santiago Morató Marsal *Cartulinas Morató*, pero con la posterior reconversión industrial ninguna fábrica consiguió mantenerse, a pesar de algunos intentos por adaptarlas a la producción de otras manufacturas como el cuero aglomerado o reconstituido, que como veremos se elaboró en dos de las fábricas hasta 1978.

Otros datos para la historia de las fábricas

No disponemos, por el momento, de datos suficientes para reconstruir la historia individual de cada una de las fábricas de Beceite, pero sí existen datos dispersos de alguna de ellas. Las noticias más antiguas, correspondientes al periodo 1759-1804, nos son proporcionadas por el ya citado infanzón lecerano don Joaquín de Liédana, que fue párroco de Beceite desde 1774 hasta su muerte en 1821³⁵.

En el prólogo de sus comentarios, el presbítero deja claro el propósito que le mueve a realizar esta crónica de los acontecimientos: «con el deseo de comunicar a los venideros una verdadera noticia del origen y progresos de las fábricas de papel en esta Villa y contornos, pongo en estos libros de la Iglesia que debe fomentar estos establecimientos, las siguientes noticias»³⁶.

En su documentación manuscrita recoge, sin seguir un estricto orden cronológico y a veces cayendo en duplicaciones e incluso pequeñas contradicciones, una serie de noticias aisladas referidas a fundaciones de fábricas de las que él fue testigo privilegiado e incluso parte activa.

Recomponiendo el orden cronológico de los datos aportados habría que mencionar en primer lugar a Thomas Royo, natural de Frides (Castellón) y casado en Morella (Castellón), «pobre en su nacimiento pero hombre de bien y mui laborioso, al principio Herrero, despues calderero», quien tras superar la inicial oposición por parte de las autoridades locales instaló un martinete en el barranco de *Les Voltes*, sobre el puente y frente a la ermita de Santa Ana, que «empezo a andar» el día 19 de marzo de 1759. Este mismo individuo edificó, junto al martinete citado, una «fábrica de papel blanco» que «empezó a correr» el 1 de junio de 1776 y otra de papel de estraza que inició su actividad el 1 de septiembre de 1779. Para estas nuevas instalaciones Thomas Royo hubo de vencer una vez más la oposición de los concejales gracias a la mediación del párroco, que dio su informe favorable, y a la licencia expedida por el propio arzobispo de Zaragoza,

³⁵Ver notas 10 y 11. La primera transcripción de este relato manuscrito fue hecha por don Antonio Mateo Adell en un programa de fiestas de Beceite que no hemos podido consultar.

³⁶Esta declaración de intenciones pone de manifiesto, una vez más, el importante papel desempeñado en el ámbito rural dieciochesco por la Iglesia —y en concreto por los curas párrocos— en el fomento de actividades no sólo intelectuales y artísticas sino también industriales y comerciales que ayudaran al desarrollo económico y al progreso de sus comunidades, sin necesidad de que estas actuaciones respondieran conscientemente a convicciones o ideas de talante ilustrado.

don Juan Sáenz de Buruaga (1768-1777), a quien acudió el interfecto «por abusar el Ayuntamiento de las facultades que le son propias».

La gran utilidad demostrada por las fábricas instaladas por Royo impulsaron la construcción de una nueva por parte de León Grau y Joseph Garrigues, vecinos de Beceite, situada «a la Cruz, y sobre el Puente nuevo en donde se juntan los Rios Matarraña y Uldemo». La nueva fábrica, que también hubo de vencer cierta oposición, fue bendecida el 24 de septiembre (?) de 1787 «y el mismo dia se empezó a hacer papel, y yo hize el primer pliego». Esta instalación tenía inicialmente una sola tina, pues como sigue la narración «se añadió otra el año 1792, en que tomo parte Aniceto Gil» (en otro lugar del texto se dice que esta segunda tina se añadió ocho años después de la primera, es decir, en 1794).

En los años siguientes se abrieron nuevas fábricas. Así, en el año 1789 comenzó a funcionar la «de los Baños o Estrechos, que hizo Dⁿ Francisco Zurita, vezino de Cantavieja, nacido en la Villa de Valderrobres, y la hizo de dos tinas». Dos años después inició su actividad otra de una tina «a la orilla del Matarraña, sobre la villa de Balderrobres», y también «empezó a hazerse papel en la Fabrica de dos tinas que Dⁿ Joaqⁿ de Liedana Cura de esta Parroquia y Josef Urquizu, hizieron en la partida el Azud»; en otro texto se dice que esta fábrica es de «papel fino» y que está «a media hora sobre la Villa de Beceyte».

En 1793 surgieron «la de Zurita de Raymundo Morello y Compañeros de dos tinas; y la de Cañizar de otras dos, que edificó Dⁿ Joaquin Felez Abogado de Alcañiz».

El 14 de septiembre de 1794 «empezó la segunda tina de Gracían y un mes, y medio antes la primera, y la 3 en sbre de 95 [el texto subrayado parece añadido, aunque tiene la misma caligrafía]».

Liédana da cuenta también de otros acontecimientos ocurridos por esas mismas fechas, como la gran riada de la noche del 13 al 14 de septiembre de 1793, la mayor «de que aya memoria. En la favrica del Vicario en el piso vajo hubo 3 palmos de Agua. En la de Royo, y Leon Grau hasta el primer piso, en la de Gracían 33 palmos de Agua. Se llebo las Alas del Puente nuevo, lo demorono, y batio la calzada contigua; y causo m^s daños».

Aunque también sufrió los efectos de la inundación durante el proceso constructivo, en 1794 pudo empezar su actividad la de tres tinas que edificaron «dos mercaderes de Tortosa de Nacion Franceses, asociados con Pedro Estopiña, vezino de esta Villa», situada «baxo el puente nuevo, media hora de esta Villa».

Liédana sigue la anotación de fundaciones con «la Fábrica de Papel blanco de Domingo Nicolau, y Miguel Guardia» que empezó a

funcionar «en el Abril de 1797». En 1801 «empezo a andar la Fabrica de papel blanco echa por Joaquin Royo, y Vendida luego a D^a Vicenta Diez de Fresneda, sita baxo el puente de S^{ta} Ana». El 2 de enero de 1804 el párroco bendijo «la Fabrica de Juan Morato, sita al Azud, debaxo de la mia, hize el primer pliego de papel blanco, y empezo a andar con una tina».

Como se ve, los años finales del siglo XVIII y los primeros de la centuria siguiente vieron surgir, de forma vertiginosa, la práctica totalidad de las fábricas beceitinas, cuyo número resulta superior a las nueve fábricas citadas en el *Diccionario* de Miñano de 1826-1829, tal vez debido a que durante el primer cuarto del siglo XIX algunas instalaciones unificaron su producción, otras la iniciaron *ex novo* o incluso alguna de poca entidad pudo desaparecer. Por el momento resulta dificultosa la identificación total de estas fábricas con los nombres con los que se conocieron popularmente, aunque a continuación se lanzan algunas hipótesis sobre las posibles correspondencias y se analizan más en profundidad y desde distintos ángulos algunos establecimientos destacados.

Dos de las fábricas citadas corresponden (al menos en la actualidad) al término municipal de Valderrobres: la de Francisco Zurita situada en los Baños o Estrechos, que puede identificarse como el *Molí Bonic*, y la de 1791 situada sobre la villa de Valderrobres. El *Molí Bonic*, citado ya en varias ocasiones, estaba situado aguas abajo de la actual presa del pantano de Pena. Es preciso destacar, como lo hizo en su día Oriol Valls, la peculiaridad de la decoración pictórica que recubría las cuatro alturas de sus muros exteriores (y que se conserva en gran parte en la actualidad, a pesar del estado de ruina del edificio). Esta curiosa ornamentación consta de pinturas de carácter ilusionista en tonalidades predominantes rojas y verdes que representan motivos arquitectónicos de aire clásico (pilastras, frontones, zócalos, frisos y molduras) e imitación de placados y recubrimientos de mármol y otros materiales nobles. Repartidos entre estos motivos arquitectónicos se sitúan, sin aparente orden ni conexión iconográfica, figuras de animales (gatos, aves...), escenas taurinas y elementos utilizados en la fabricación de papel (como una prensa de tornillo situada entre dos ventanas del tercer piso). Las pinturas, aunque no son de gran calidad, otorgan al monumental edificio una enorme prestancia y singularidad, incrementada por su ubicación en un entorno natural (foto 1).

La fábrica del *Pont Nou*, que sin duda se corresponde con la fundada en 1794 por los dos mercaderes franceses que se asociaron con

Pedro Estopiñá, fue adquirida, según cuenta Esther Esteban³⁷, a quien seguimos básicamente en las líneas que siguen, por la familia Gil, una de las de más extensa dedicación papelera entre las beceitinas y que también poseía en Valderrobres la fábrica de *las Fajas*. Gregorio, José y Ramón, hijos del iniciador de la saga, José Gil, constituyeron la sociedad «Gregorio Gil y Hermanos, fábrica de naipes de una sola hoja». La tercera y última generación estuvo representada por Isidoro Gil, hijo de Gregorio, quien hubo de cerrar el centenario negocio familiar en la década de 1960.

Los primeros naipes producidos por esta fábrica se hacían con cartulina opaca (lo que garantizaba su intransparencia) y de cada hoja se sacaban las cuarenta y ocho cartas de la baraja, que eran impresas y empaquetadas en la propia fábrica. En 1868 la sociedad «Gregorio Gil y Hermanos» vendió la patente a Heraclio Fournier de Vitoria y a partir de ese momento se modificó —para hacerlo más fácil y económico— el sistema de producción. El acuerdo con la Fournier contemplaba también el transporte de la materia prima y del producto manufacturado (cartulinas de dos caras que a partir de entonces fueron impresas por Fournier); el viaje Beceite-Vitoria era realizado en ese primer momento por caballerías y duraba unos diecisiete días.

En el *Pont Nou* se fabricó también papel de barba destinado a la Casa de Moneda y Timbre de Madrid, así como cartulinas de uso artístico. Esta fábrica fue incorporando progresivamente ciertos adelantos para la producción, como el sistema Pitarch, de origen francés, introducido en 1882, que reducía y facilitaba el proceso de fabricación, así como la «pila holandesa», la máquina de laminar y el satinador.

El edificio de la fábrica del *Pont Nou* sigue perteneciendo en la actualidad a la familia Gil. El de la fábrica *Solfa*, situado a la entrada del pueblo, junto al puente de Santa Ana, podría ser el instalado en 1801 por Joaquín Royo y es actualmente propiedad de la familia Zapater. El del *Batán*, que puede indentificarse con el fundado por Grau y Garrigues en 1787, pertenece a la familia Morató-Marsal. La fábrica *Morató*, situada a medio kilómetro de la salida del pueblo en dirección a Valderrobres, actualmente está en proceso de rehabilitación para su transformación en restaurante. La fábrica *Quemada*, situada aguas arriba del Matarraña en dirección al *Parrissal*, debe ser la que perteneció al párroco Liédana y a Josef Urquizu, y de ella únicamente quedan algunos restos junto al río. Más dudosa es la identificación de la que estaba situada bajo aquélla, perteneciente a Juan Morató; podría tratarse de la *Tosca* o más probablemente de la *Taragaña*. Final-

³⁷ ESTEBAN SAURAS, Esther: op. cit.

mente, la que Thomas Royo instaló en 1773 parece corresponderse sin problemas con la *Miró*. A estas dos últimas fábricas (*Taragaña* y *Miró*) se dedica el siguiente apartado (foto 2).

El complejo papelerero Noguera

Una de las fábricas más importantes de Beceite era el establecimiento *Hermanos Morató* (también llamado Telagaña o Taragaña, según las fuentes), construido en la década de 1820 —según rezaba la leyenda escrita en un mosaico de azulejos (actualmente desaparecido) situado sobre la entrada principal: «Esta fábrica empezó a hacer papel el día de San Rafael del año 1826»— y que se especializó en la elaboración de papel de hilo (foto 3). Situado en la margen izquierda del río Matarraña, a la entrada del pueblo, frente al puente medieval, el edificio se sitúa paralelo al cauce del río, que en este lugar cuenta con dos saltos de agua y con la afluencia de distintas acequias que constituían la fuerza motriz de las ruedas de los molinos.

Tras la guerra civil y desaparecidos los hermanos Joaquín y Marcelino Morató, dueños de la fábrica, que habían fallecido en 1936, el empresario don Miguel Noguera Casulleras llegó a un acuerdo con las viudas de los propietarios para el arrendamiento por un periodo de diez años. Para su puesta en actividad fue necesario emprender primero la reconstrucción de la fábrica, seriamente afectada por los bombardeos de 1938, y seguidamente poner al día la maquinaria y asegurar el abastecimiento de materias primas. La fábrica pudo comenzar a funcionar en el mes de febrero de 1940, unos meses antes del fallecimiento de don Miguel Noguera, quien continuando con la tradicional producción de esta empresa la había orientado a la elaboración de cartulinas de hilo de gran calidad, producto que en ese momento tenía un excelente mercado en diferentes puntos de España.

A la muerte de don Miguel Noguera en 1940 fue su esposa, doña María Salsas, quien continuó al frente de la industria y adquirió la antigua fábrica de la familia *Miró*, colindante con la suya, adecuando parte de la maquinaria a la producción de pasta de papel necesaria para el consumo de la fábrica principal y habilitando parte de los edificios adquiridos para vivienda familiar. Posteriormente adquirió en propiedad la fábrica arrendada, formando así un amplio complejo papelerero bajo el nombre comercial «Vda. de Miguel Noguera Casulleras» (desde 1962 convertido en sociedad anónima) (foto 4).

A partir de 1946 fueron los hijos de doña María Salsas, Alberto y Ernesto, quienes se hicieron cargo sucesivamente de la dirección téc-

nica. Fue un momento magnífico para el negocio, cuyo rendimiento económico permitió mejoras técnicas que redundaron en un aumento de la producción y en el mantenimiento de un alto nivel de calidad. Es en este momento cuando el antiguo sistema de fabricación semi-continuo y con salida en húmedo de la máquina fue sustituido por un sistema de producción con secado del papel en continuo. Para ello se instaló la correspondiente sección de producción de vapor (lo que implicó la aparición en el paisaje industrial beceitino de la primera y única chimenea de ladrillo), se adquirieron nuevos elementos de tecnología avanzada para la depuración y refinado de las pastas y se procedió, paulatinamente, a la sustitución de la materia prima tradicional, el trapo de lino o algodón, por pastas de papel importadas (Suecia, Noruega, Finlandia...), por pastas de celulosa de producción propia y por otros subproductos o sucedáneos obtenidos mediante procesos químicos.

En 1954 Ernesto Noguera Salsas inició de forma experimental en la antigua fábrica *Miró* la elaboración de un producto inédito en España: el cuero aglomerado o reconstituido, obtenido mediante el entrelazamiento de fibras de cuero natural. Los puntos de contacto entre esta manufactura y la papelera permitieron aplicar a la nueva industria la experiencia adquirida y a partir de 1960 la firma «Industrias del Cuero Artificial S.L.» inició un periodo de gran expansión, apoyado por una continua modernización técnica, por la fuerte posición en la industria nacional del sector y por la apertura a mercados extranjeros. En 1968 la nueva actividad terminó por absorber e integrar a la fábrica de papel en el proceso de fabricación del cuero. Este proceso de reconversión condujo a la desaparición total de la fabricación de papel y cartulina y consiguientemente a la sustitución de las antiguas máquinas y herramientas empleadas en ella: holandesas, prensas, mesas de troceado, tambores o «diablos», martillos, postas, satinadores, bancos de «fretar»...

En 1978 y como consecuencia de la fuerte crisis de la industria del calzado, principal consumidora del cuero aglomerado, las dos fábricas de la familia Noguera cesaron definitivamente su actividad.

Desde el punto de vista arquitectónico, el edificio de la antigua fábrica *Miró* ha conservado casi íntegra su estructura y apariencia originales, a pesar de haber perdido un elemento tan significativo como la rueda hidráulica que ponía en marcha la parte mecánica del proceso. Por ello, puede servir como modelo representativo —tanto desde el punto de vista estético como del funcional— de la arquitectura industrial papelera de la localidad (foto 5).

El edificio, que se sitúa en el lugar donde anteriormente se emplazó la fábrica de Thomas Royo (la más antigua documentada), fue construido, igual que el *Morató-Taragaña*, en la década de 1820. Está formado en realidad por dos construcciones de planta irregular unidas en ligero ángulo. Comunica con la entrada del pueblo por un camino en suave pendiente que arranca del puente medieval y bordea la ribera del río y para acceder a él se atraviesa un pequeño puente de obra dispuesto sobre el barranco de *Les Voltes* (o de Santa Ana).

Consta de una planta baja y tres pisos y está construido con mampostería y ladrillo trabados con mortero de cal y cemento, revestidos al interior y al exterior con revoques de mortero de cal y cemento y con enlucidos de yeso. Los pavimentos son diversos: mosaico hidráulico, chapa de cemento, baldosas de alfarero, ladrillos y granito artificial. Cubre con teja árabe sobre cañizos apoyados sobre viguería de madera.

En la planta baja (280 m² aprox.) existen dos salas cubiertas con bóvedas de «tosca» (piedra caliza porosa autóctona) y el resto cubre con vigas de madera y bovedillas de revoltón; las paredes son de piedra repicada y el suelo de hormigón. Subsisten algunos elementos propios de la última actividad de la fábrica (la elaboración de cuero artificial), pero las modificaciones estructurales respecto a su configuración original han sido mínimas. Así, se pueden recorrer las salas que acogían primitivamente las distintas fases de procesado y manipulación del trapo hasta su conversión en papel. En primer lugar la sala destinada a la selección y clasificación de la trapería, la eliminación de elementos no válidos (botones, corchetes, gomas...), el desbrozamiento en el tambor o «diablo» y su colocación en los «pudridores» (pudrideros), pilones llenos de agua donde los trapos permanecían macerando varias semanas hasta fermentar. A continuación la habitación destinada a la trituración de la fibra en los «mails», mazas o martillos de madera accionados mediante levas y ruedas hidráulicas que golpeaban el trapo depositado en tinas de piedra con el fin de deshilarlo, triturarlo y convertirlo en pulpa o pasta de papel (foto 6). Esta era transportada en las «vacías» al lugar donde finalmente el «formista» convertía la pasta en hojas de papel (con sus distintas variantes y peculiaridades) vertiéndola en las «formas», moldes rectangulares cuyo fondo está formado por un entramado de alambre —más o menos tupido según el gramaje deseado— que actúa a modo de cedazo y permite escurrir el agua y retener y enfurtir las fibras. Una vez obtenidos los pliegos se colocaban entre paños, bayetas o «sayales» en el «montante», prensa manual encargada de eliminar el agua sobrante.

Tras todo este proceso el papel prensado era colocado en «postas» (bandejas de madera) para ser transportado a mano al piso superior

del edificio donde se procedía al primer secado al aire. Una vez seco, el papel era sumergido en una tina con cola de origen animal para a continuación ser sometido a un segundo prensado y al correspondiente secado en la planta superior. Las últimas fases, que tenían lugar también en la planta baja, eran el satinado mediante un satinador hidráulico, el corte (que se realizaba en el llamado «banco de fretar») y el embalaje. Las hojas se agrupaban en resmas, que a su vez se dividían durante el proceso, para su mejor manipulado, en «manos» de 25 hojas.

La primera y segunda plantas albergaban, en el momento del cierre definitivo, oficinas y viviendas, y presenta un estado aceptable a pesar de su situación de abandono. Estas dependencias abren al exterior mediante ventanas y balcones sencillos, alguno de los cuales ha sido cegado.

La planta superior, situada bajo la cubierta a dos aguas, es el llamado «mirador». Conserva las vigas originales y buena parte de las tejas, pero el estado general de estos elementos es preocupante. Esta amplia sala única de planta rectangular cuenta en sus cuatro paredes con un total de cincuenta ventanas y casi todas sus contraventanas originales, que se abrían y cerraban a conveniencia para el secado del papel. Al exterior estos vanos se presentan como una galería de arquillos rebajados (foto 7).

Entre las herramientas y objetos empleados antiguamente en la fabricación del papel que se han conservado están: un «banco de fretar», los herrajes de una holandesa del siglo XIX, una prensa de tornillo (foto 8), algunas «vacías» empleadas en el transporte de la pasta y varias «postas».

Vías futuras de actuación

Como se podrá comprender tras la lectura de este trabajo, la desaparición de la industria papelera de Beceite supuso en su día un grave quebranto económico y laboral para la población. En la actualidad el pueblo ha aprendido a convivir con la contundente presencia de las fábricas abandonadas que salpican todo el caserío, como si de un cementerio industrial se tratase. Al espectador de este paisaje le invade, por un lado, la resignación ante la tecnificación y modernización implacables, y por otro la nostalgia por los oficios tradicionales desaparecidos. Existen en este momento algunas iniciativas para la conversión de alguno de los edificios en establecimientos dedicados a la hostelería, pero sería deseable también la recuperación de la memoria histórica de este pueblo y de la que fue su principal actividad

industrial durante más de doscientos años. Para ayudar en lo posible a una acción futura que juzgamos necesaria, se proponen en clave realista las siguientes vías de actuación:

Investigación: inventario sistemático de las fábricas y de la maquinaria y herramientas conservadas; recopilación de documentación y de informaciones orales de propietarios y antiguos trabajadores; estudios monográficos sobre modos de producción y fórmulas de fabricación (en alguna fábrica se han conservado), organización del trabajo, categorías profesionales, régimen de vida en las fábricas, canales de comercialización...; y localización e inventariado de filigranas y maculaturas³⁸ con vistas a establecer también posibles relaciones comerciales con impresores o editores.

Protección, conservación y restauración: incoación/declaración de Bien de Interés Cultural (con la categoría individual o conjunta que proceda) y concesión de ayudas para la restauración y conservación de los edificios y su rehabilitación.

Difusión y puesta en valor: creación de un centro de interpretación sobre la fabricación del papel, amén de otros recursos de turismo cultural relacionados con el tema y concesión de becas para trabajos monográficos y de divulgación del patrimonio industrial beceitino.

Bibliografía³⁹

- LANDE, Mr. de LA (Joseph-Jérôme Lefrançois): *Arte de hacer el papel según se practica en Francia y Holanda, en la China y en el Japón*, colección «Técnicas Artísticas» núm. 5. Madrid, Clan, 1995 (hay otra edición en castellano de Papelera Española del año 1968 que es facsímil de una anterior de 1778, promovida por la Real Junta General de Comercio, Moneda y Minas, que a su vez traduce la original editada en París por la Academie des Sciencies en 1762).
- LEÓN, Rafael: *Papeles sobre el papel*. Málaga, Universidad, 1996.
- VIVES, Rosa: *Del cobre al papel. La imagen multiplicada*. Barcelona, Icaria, 1994.
- WURZ, Otto: *Fabricación del papel*. Barcelona, Reverté, 1956.

³⁸Hasta el momento sólo se han localizado filigranas pertenecientes a fábricas beceitinas en impresos locales recientes, en una certificación matrimonial de Zaragoza (1785), en un documento notarial de Teruel (1810) y en dos publicaciones de finales del s. XVIII:

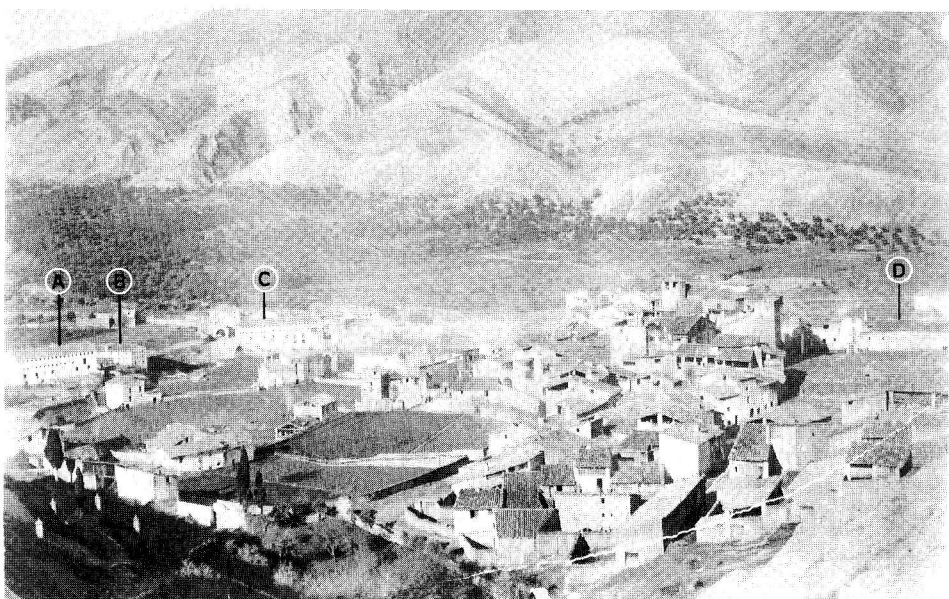
El cuarto tomo de la obra de Jacobo Benigno BOSSUET *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes [...]*, 4 tomos (trad. del francés por don Miguel Josef Fernández). Madrid, Real Compañía de Impresores y Libreros, 1786 (imprentas de Antonio Fernández —tomos 1 y 3— e Hilario Santos —tomos 2 y 4—).

En la obra de EXIMENO, Antonio: *El espíritu de Maquiavelo*. Valencia, Imp. de Benito Monfort, 1799.

³⁹Se incluyen aquí obras que por no contener citas expresas a Beceite no han sido recogidas en las notas a pie de página, aunque han sido utilizadas para el artículo y pueden ser válidas para un primer acercamiento al tema del papel, su historia y fabricación.



Fig. 1. El Molí Bonic de Valderrobres (detalle).



*Fig. 2. Vista general de Beceite hacia 1920. Son reconocibles las siguientes fábricas:
A) Taragaña (propiedad de la familia Noguera). B) Miró (idem).
C) Solfa (propiedad familia Zapater) y D) Morató (propiedad familia Morató).*



Fig. 7. Fábrica Miró: el «mirador» destinado al secado del papel.



Fig. 8. Fábrica Miró: prensa de tornillo completa, s. XIX.



Fig. 5. La antigua fábrica Miró en su estado actual.



Fig. 6. Los «mails» o martillos para batir el trapo, s. XIX.



Fig. 3. La fábrica Taragaña en 1939.



Fig. 4. Vista actual del complejo industrial Noguera.